

*Mitología griega*

# Hércules, el forzudo

Relato de Graciela Montes  
Dibujos de Liliana Menéndez



Mitología griega

# HÉRCULES, EL FORZUDO

Relato de  
GRACIELA MONTES  
Dibujos de  
LILIANA MENÉNDEZ



Gramón-Colihue / Buenos Aires



¿Quién no oyó hablar alguna vez de Hércules, el forzudo? ¿Quién no sabe que fue un héroe griego tan grandote y de músculos tan poderosos que podía hacer él solo el trabajo de cien hombres juntos?

Pero tal vez no todos sepan que Hércules fue, según aseguraban los cuentacuentos griegos, el hijo que le nació a Alcmena, una hermosa muchacha, de sus amores con Zeus, el rey de los dioses. Eso explica que Hércules haya sido un muchacho tan especial.

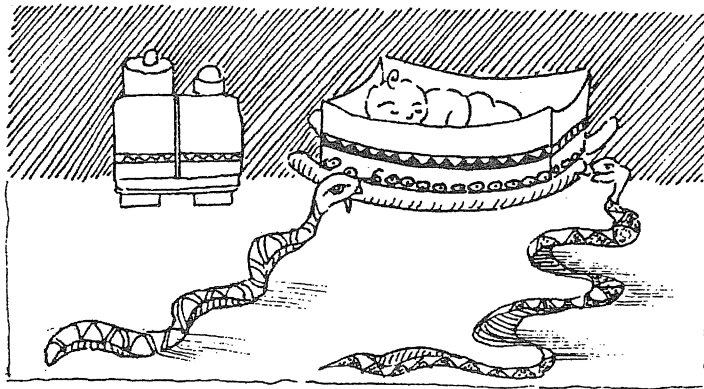
Lo crió Anfitrión, el rey de Tirinto, que se casó con Alcmena y adoptó de buen grado al recién nacido. Anfitrión no era celoso y consideraba un honor criar a un hijo de dioses.

En cambio, Hera, la esposa de Zeus, sí que era celosa. ¡Y cómo! No podía soportar a ese bebé de aspecto tan saludable que había nacido de los amores entre su marido y una mortal. Fue por eso que, cuando Hércules tenía apenas tres meses, mandó dos horribles serpientes a que lo mataran en la cuna.

Las serpientes entraron en el palacio de Anfitrión y, silenciosas y escurridizas como todas las serpientes, se deslizaron dentro de la habitación donde dormía Hércules. Se treparon a la cuna y se le enroscaron firmemente en el cuello.

Pero, claro está, Hércules no era un bebé cualquiera.

Ni siquiera lloró. En cuanto sintió ese molesto collar en el cuello tomó a las dos serpientes, una con cada manito, y las estranguló con solo apretar un poco los puños.



Después pegó un grito porque esos bichos eran feos y le daban un poco de susto.

Así empezó su carrera de forzudo y así fue como todos supieron, en el palacio de Anfitrión, que Hércules sería un héroe con un gran destino.

Preocupado por la educación de un muchacho con tantas condiciones, Anfitrión cuidó de que lo adiestraran lo mejor posible. Contrató a famosos maestros y Hércules aprendió a boxear, a manejar carros, a disparar flechas y también a tocar la lira, a cantar y a leer y a escribir, que en esos tiempos muy pocos sabían.

Hércules era un alumno casi perfecto. Todo lo hacía bien: jamás fue derrotado en una pelea, jamás una flecha suya dejó de dar en el blanco... Tenía un solo defecto, que a la vez era su mayor ventaja: su fuerza. Era tan, tan terrible, que no podía controlarla.

Un día, Lino, uno de sus maestros, que era muy gruñón, creyó que Hércules había cometido un error al leer en voz alta un texto y, furioso, le dio un par de coscorrónes. ¡Para qué lo habría hecho! Hércules tenía un carácter violento y se sintió humillado por esos golpes injustos. Enojadísimo, agarró la cítara que tenía al lado y le dio a Lino un buen citarazo. Pero un citarazo de Hércules no era un citarazo cualquiera: Lino cayó muerto.





Desesperado por lo que había hecho, Hércules se dio cuenta de que su gran fuerza podía traerle a lo largo de su vida muchísimos problemas.

Y así fue.

Al cumplir los dieciocho años, Anfitrión consideró que la educación de Hércules estaba concluida. Hércules dudó bastante antes de decidir a qué iba a dedicarse. Con la fuerza que tenía bien habría podido convertirse en un gigante tiránico y caprichoso, de esos que consiguen todo a fuerza de golpes.



Pero Hércules era un buen muchacho, muy impulsivo, eso sí, pero incapaz de hacer daño a propósito.

De modo que decidió ayudar en lo posible a sus compatriotas.

Gracias a Hércules, los griegos se libraron de feroces leones, de terribles jabalíes y de otros muchos monstruos que plagaban la península. Iba y venía Hércules, vestido con la piel de uno de los primeros leones que mató, limpiando montes y pantanos, siempre atareado.

Los dioses, satisfechos con este héroe tan útil y trabajador, le regalaron una espada, un carcaj de oro, flechas y una cota nueva, que estrenó en una gran batalla contra los gigantes.

Sin embargo, Hércules no era un muchacho de suerte. Pronto volvieron los problemas.

Resulta que Euristeo, el primo de Hércules, se había convertido en rey de Micenas. Según la opinión de todos, el rey habría debido ser Hércules. Todos opinaban que Euristeo jamás habría llegado a rey de no haber sido por los engaños de Hera, tan enemiga del pobre gigantón. Pero, en fin, lo cierto es que Euristeo fue rey y Hércules tuvo que obedecerlo. Bueno, en realidad decidió obedecerlo después de mucho dudar: al fin de cuentas, si se negaba, ¿quién podría obligarlo? Pero los dioses le aconsejaron que se sometiese a Euristeo ya que el premio por esa humildad sería nada menos que la inmortalidad.

Euristeo, que le tenía una rabia negra a su primo porque era muchísimo más popular que él entre su pueblo, lo obligó a servirlo como esclavo y le encargó los trabajos más arduos que pudo imaginar, doce trabajos que todos en Grecia consideraban irrealizables.

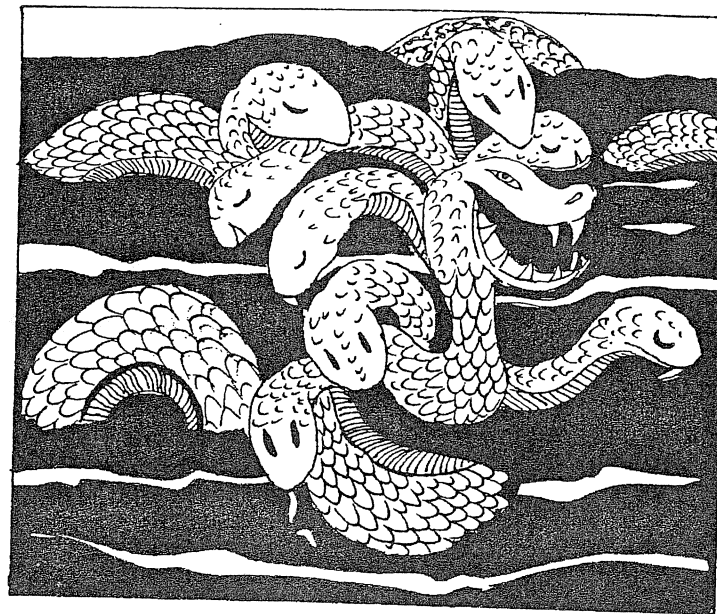


Uno de los más difíciles fue el de dar muerte a la Hidra.



La Hidra era una enorme serpiente de nueve cabezas que vivía en Argólida, en el pantano de Lerna. Solía salir a tierra a devorar ganado: era capaz de tragarse cincuenta o cien corderos en uno solo de sus paseítos.

Acabar con la Hidra no era nada fácil: ocho de sus nueve cabezas eran mortales, pero una, la del medio, era inmortal. Eso era todo lo que sabía Hércules de la Hidra cuando salió a su encuentro montado en su carro y con la sola ayuda de su sobrino Yolao.

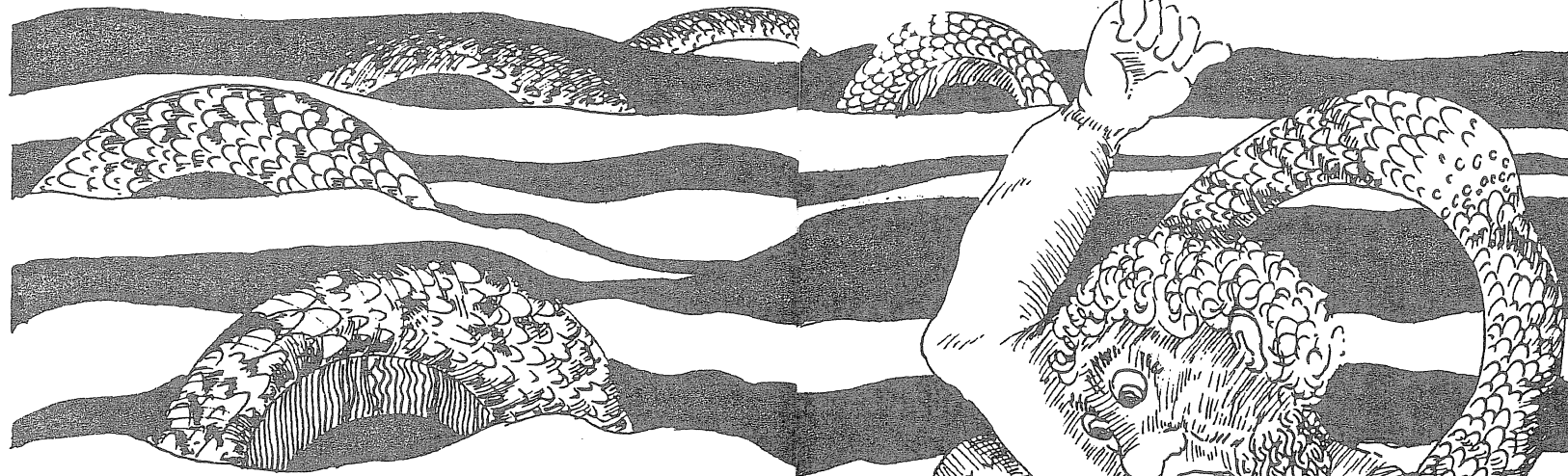


Cuando llegaron al pantano la Hidra estaba durmiendo la siesta. Al menos ocho de sus nueve cabezas roncaban. La novena estaba alerta, vigilando.

El grueso lomo, cubierto de escamas verdosas y azuladas, brillaba con luz tornasolada, cubriendo más de la mitad del pantano, como una isla inmensa.

Hércules disparó una flecha para obligar a la Hidra a salir a tierra. Y luego disparó otra y otra más. Por fin la Hidra se despertó. Sacudió sus nueve cabezas y, emitiendo un penetrante silbido, salió lentamente del pantano.





Hércules saltó del carro sin otra arma que su porra: sabía que nada podía valerle más que su fuerza. Se abrazó a la Hidra y no volvió a soltarla.

Casi exangüe por el terrible abrazo de esos músculos de hierro, la Hidra se enroscó a su vez en las piernas del héroe, dispuesta a apretarlo hasta morir.

Prisionero de esos anillos poderosos, Hércules no podía mover sino sus manos.

Pero eso le bastó. Agarró una de las cabezas con una mano y con la otra la aporreó con tanta fuerza que la deshizo.

Sin embargo, sucedió algo imprevisto: del cuello cortado y sangrante nacieron súbitamente dos nuevas cabezas. Así defendía su vida el monstruo del pantano.



Con sus pies inmovilizados, Hércules seguía luchando desesperadamente, golpeando y destrozando cabezas que volvían a crecer multiplicadas. Hubo un momento en que más de treinta cabezas lo rodearon con sus silbidos, acariciándole el rostro con sus lenguas bifurcadas. Para colmo, un cangrejo gigante, medio emparentado con la Hidra y habitante como ella del pantano, le clavó su terrible pinza en el pie.

Furioso, Hércules mató al cangrejo de un solo porrazo.

—¡Yolao, amigo! —le gritó a su sobrino, que, aterrado, miraba la pelea de su tío con esa serpiente de mil cabezas—. Te necesito.

Entonces, desde la incómoda posición en que estaba, le dio instrucciones para que preparase una antorcha, quemase madera y aplicase los tizones encendidos en los cuellos cuyas cabezas cercenaba.

Y así fue como Yolao fue quemando la raíz de las cabezas de la Hidra a medida que Hércules las cortaba con sus golpes.

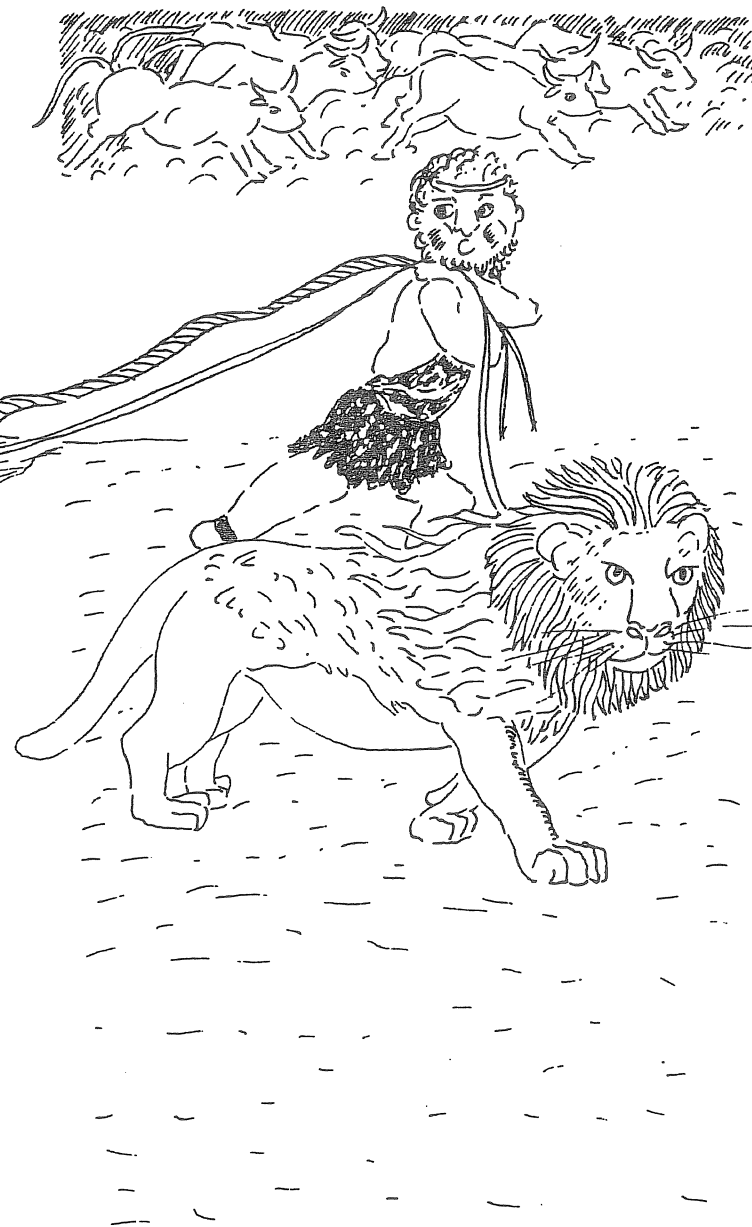
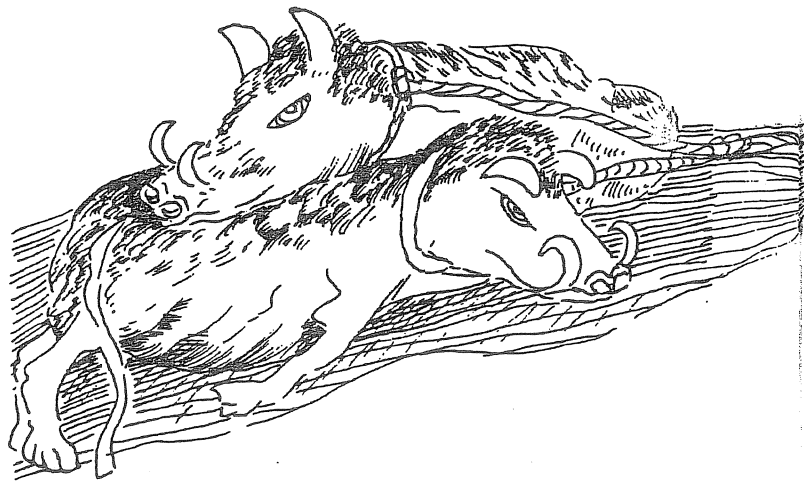
Varias horas duró la batalla, pero, por fin, exhausto y cubierto de sangre, Hércules pudo cortar de un golpe la última cabeza, la del medio, la inmortal, que siguió parpadeando y lamiendo después de cercenada. La ente-

rró en un pozo profundo y cubrió el pozo con una enorme piedra.



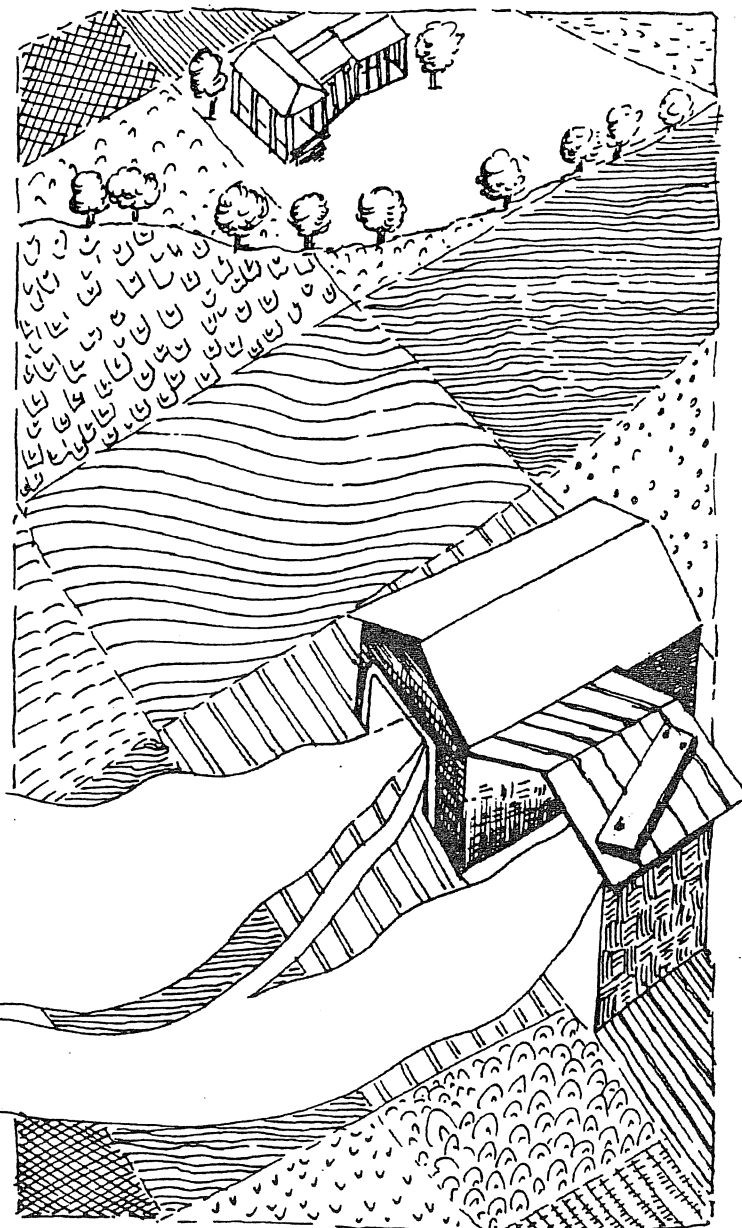
Y ese fue el fin de la Hidra del pantano de Lerna.

Luego Hércules tuvo que capturar ciervos y jabalíes, tuvo que derrotar leones y monstruos raros, como las estinfálidas, que eran unas águilas con pico y garras de hierro que disparaban sus plumas como si fuesen flechas.



Tuvo que capturar toros y yeguas.

Tuvo que desviar dos ríos para limpiar con sus aguas los establos del rey Augías, llenos de estiércol.



En fin, no paraba un momento.

Pero hubo uno entre todos los trabajos para el que a Hércules le valió más la maña que su extraordinaria fuerza.

Fue poco después de liberar a Prometeo, el titán rebelde, al que Zeus había atado a una roca. Se sentaron a charlar un rato al pie del Cáucaso y Hércules le comentó cuál era su próximo trabajo para Euristeo; juntar algunas manzanas de oro, de esas que crecían en el Jardín de las Hespérides, en los confines del mundo, bajo la mirada de un terrible dragón.

—No te conviene ir —le dijo Prometeo—. Pedíle a Atlas que te las consiga. Él vive por ahí cerca.

Atlas era otro titán, pariente de Prometeo, al que Zeus había obligado a sostener sobre sus espaldas el peso del mundo.

Ahí lo encontró Hércules. Era gigantesco y robusto: sus enormes espaldas sostenían el universo.

Atlas se alegró de que alguien lo fuera a visitar. El suyo era un trabajo pesado y monótono y, aunque ya se había acostumbrado a vivir así, estaba deseoso de algún cambio.

Hércules le dio la oportunidad que tanto esperaba.





—Dígame, Atlas —le dijo—, ¿qué le parece si yo lo reemplazo a usted en su trabajo y usted me trae dos o tres de esas manzanitas de oro que crecen en el jardín de sus vecinos?

—¡Trato hecho! —dijo Atlas—. Pero ponga mucho cuidado, eh, no me vaya a dejar caer el universo.

Y con mucho cuidado el titán le pasó el peso del universo al más forzado de los mortales. En ese momento todo se sacudió en una especie de terremoto. Pero todo volvió a asentarse: los hombros y la espalda de Hércules, aunque menos acostumbrados que los de Atlas, sostenían con firmeza el universo.

Fue Atlas a hacer el mandado y volvió con tres manzanas de un oro resplandeciente.

Pero, al llegar, sintió pereza de retomar su eterno trabajo.

—Mi espalda se alegra de haberse liberado del peso del mundo —dijo—. No pienso seguir con este trabajo; demasiados años pasé en esto.

Ahí fue cuando Hércules vio que su fuerza, que le servía tan bien para sostener el universo, no le servía para liberarse de él.

Haciendo que aceptaba seguir desempeñando un trabajo tan esforzado por vaya uno a saber cuánto tiempo, Hércules le dijo a Atlas:

—Está bien. ¡Qué remedio queda! Tampoco es cuestión de dejar que el universo se caiga. ¿Qué dirían los dioses?... Pero, mire, le voy a pedir un favorcito: sosténgamelo un momento, un momentito nomás, mientras yo me ato algunas cuerdas alrededor de la cabeza. De esa manera voy a poder apoyar mejor el peso, ¿entiende?





Atlas, que era un titán medio zonzo, no sospechó nada.

—Con mucho gusto —le dijo a Hércules mientras tomaba otra vez el peso del universo sobre sus espaldas.

Cuando Atlas se vio de nuevo en la posición en la que había estado durante tantos años, empezó a sospechar que habían querido engañarlo.

Y cuando vio que Hércules agarraba las tres manzanas de oro y comenzaba a alejarse le gritó:

—¡Eh! vuelva acá. Vuelva acá.

—Sí —le dijo Hércules agitando la mano en un saludo—, cualquier día de estos vuelvo a visitarlo.



Y se fue silbando bajito y tirando las manzanas al aire para volver a atajarlas.

Lo esperaban muchas aventuras, algunas feroces, otras insólitas, pero ninguna tan divertida como esa.

En todas las librerías  
**La Mar de Cuentos**

Un viaje a los mundos imaginarios  
más espléndidos de la humanidad

**CUENTOS DE LA MITOLOGÍA GRIEGA**

(Relatos de Graciela Montes. Dibujos de Liliana Menéndez)

**MÁS CUENTOS DE LA MITOLOGÍA GRIEGA**

(Relatos de Graciela Montes. Dibujos de Liliana Menéndez)

**CUENTOS DE LAS MIL Y UNA NOCHES I**

(Relatos de Graciela Montes. Dibujos de Liliana Menéndez)

**CUENTOS DE LAS MIL Y UNA NOCHES II**

(Relatos de Graciela Montes. Dibujos de Liliana Menéndez)

**HISTORIAS DE LA BIBLIA**

(Relatos de Graciela Montes. Dibujos de Oscar Rojas)

**CABALLEROS DE LA MESA REDONDA**

(Relatos de Graciela Montes. Dibujos de Oscar Rojas)

**LOS CUENTOS DE PERRAULT**

(Traducción de Graciela Montes. Dibujos de Saúl)

**ANDANZAS DE JUAN EL ZORRO**

(Relatos de Horacio Clemente. Dibujos de Tabaré)

**LOS VIAJES DE GULLIVER**

(Adaptación de Rogelio C. Paredes. Dibujos de Saúl)

**FÁBULAS DE ESOP**

(Versión de Heber Cardoso. Dibujos de María Giuffra)



Impreso en A.B.R.N. Producciones Gráficas,  
Wenceslao Villafañe 468, Buenos Aires, República Argentina,  
en abril de 2001.